

en *Entzia*, cuya planta representamos en la figura 10, se halla edificada so-

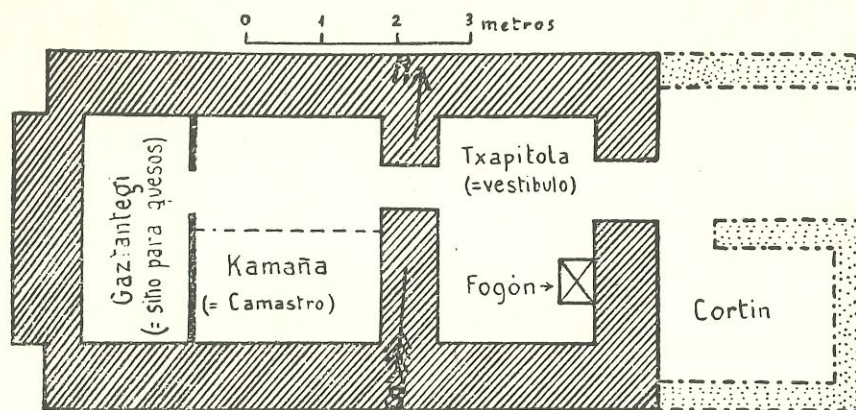


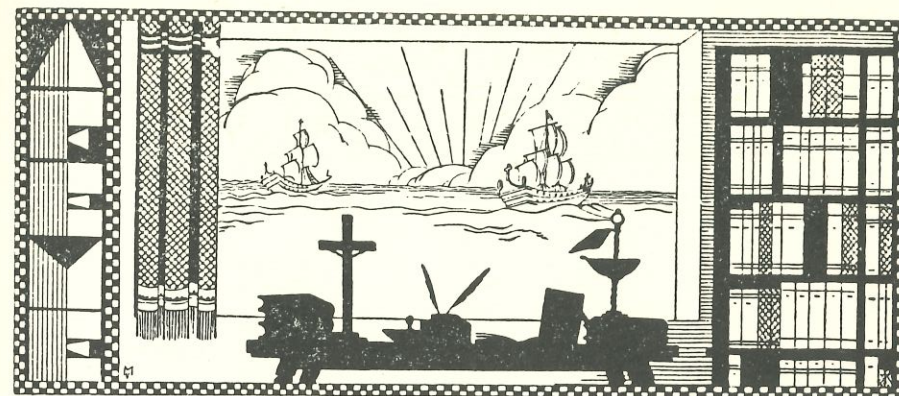
Fig. 10. — Sierra de *Entzia* (Alava); txabola de Germán (croquis en planta). Está edificada sobre un dolmen de la época eneolítica. *Germán de Zuziaur* era del castro *Ezortegi* (Araya).

bre un dolmen de la época eneolítica. El dolmen de *Agorritz* (Leiza) servía de albergue a un pastor hace 50 años. También hubo chozas en los dólmenes de *Balenkaleku* (sierra de *Altzania*) y de *Tartaloetxeeta* (Zegama).

Diríase, pues, que fueron pastores los constructores de los dólmenes del país vasco. En otra ocasión expresé este mismo pensamiento con las siguientes palabras: «El hecho de que, tanto en *Gorbea* como en el *Aralar* guipuzcoano, *Altzania*, *Entzia* y *Urbasa*, las estaciones dolménicas ocupen las mismas zonas que las majadas, sugieren la idea de que estos fenómenos (pastoreo y difusión dolménica) se hallan en algún modo relacionados entre sí. Lo cual, unido a que tales sitios, bien por la naturaleza del subsuelo, bien por su mucha altitud sobre el nivel del mar, apenas se prestan a la agricultura, parece revelarnos que la población eneolítica del país vasco—al menos en gran parte—se dedicaba al pastoreo» (1).

(1) *Anuario de Eusko-Folklore*, tom. VII, pág. 141. Vitoria, 1927.

(De *Anales del Museo del Pueblo Español*, t. I. Madrid, 1935)



Colaboración científica de la AFEME

Contribución de "ILLUMINARE..."

LA ETNOLOGIA Y LAS MISIONES



El fin de las misiones es implantar la Iglesia de Cristo allá donde todavía no se halla establecida jerárquicamente.

Mas para establecer la Iglesia se precisan fieles. Y donde no los hay es necesario hacerlos.

Por eso, la primera labor de los misioneros, una vez que se hallen en contacto con los paganos, consiste en provocar conversiones mediante previa evangelización, es decir, mediante la predicación del Evangelio en el pueblo pagano.

He ahí, pues, señalado un proceso que, como se ve, tiene dos

fases: *evangelizar los pueblos paganos y convertir infieles.*

Conviene advertir que aquí consideramos tan sólo el lado natural de la labor misionera. Y en este sentido llamamos al mencionado proceso con el nombre de *fenómeno misional*, como manifestación que es de la actividad expansiva de la Iglesia en aquellos países donde ésta no ha sido aún implantada.

Según lo dicho, el fenómeno misional tiene lugar propiamente en pueblo dominados por el paganismo o por otras formas religiosas no cristianas.

No es que en los pueblos cristia-

nos no se evangelice o no haya conversiones. También en la Cristianidad tiene lugar este proceso.

Pero el fenómeno en su aspecto natural, reviste caracteres distintos, según se trate de pueblos cristianos o paganos. En los países cristianos, donde la Iglesia se halla establecida, los modos de pensar, de sentir y de obrar; en una palabra, todo el mundo de representaciones en que se desenvuelve la actividad mental y emocional del individuo, se halla dominado e impregnado de espíritu cristiano. Es más, ha sido elaborado, en sus líneas generales, por el Cristianismo, es el resultado de una lenta, multiseccular siembra y sedimentación de la semilla evangélica.

Querámoslo o no, las actuaciones de quienes vivimos y nos hemos educado en pueblos cristianos, se hallan, en gran parte, controladas e impulsadas por las enseñanzas del Evangelio. Sobre nosotros gravita el Cristianismo, y nuestra conducta tiene que estar condicionada, cuando no impulsada, por los sentimientos e ideas que los misioneros de los primeros siglos y sus continuadores propagaron en nuestros países.

Un individuo de nuestra sociedad que se convierte al Cristianismo, no tiene, en el orden natural, necesidad de cambiar en gran escala el repertorio de sus ideas, de sus sentimientos y de sus modos de obrar. Pues ya antes su vida habíase deslizado al unísono con el ambiente general de su pueblo elaborado por el Cristianismo.

Mas no ocurre lo mismo en los

pueblos paganos cuyo tenor de vida es casi totalmente ajeno a las máximas de Cristo. Allí el que se convierte suscita contra sí todos los instintos y todos los intereses sociales y económicos de sus paisanos.

Pero, así como el fenómeno o proceso de evangelización y conversión es diferente según se trate de pueblos infieles o de pueblos cristianos, así también se diversifica y pluraliza en los mismos pueblos paganos, tomando matices diferentes según la diversidad de culturas y de razas. Del mismo modo que las radiaciones solares activan las funciones en las plantas y provocan diversísimos fenómenos en tantísimas especies diferentes, así también la actividad misionera y los fenómenos misionales adoptan formas muy variadas, toman colores distintos en el abigarrado cuadro de los pueblos paganos.

De ahí que sea preciso poseer una visión del aspecto etnológico y sociológico del mundo pagano, cuando se quiere, no ya realizar una obra misionera, sino simplemente comprenderla.

ASPECTO SOCIOLOGICO DEL - FENOMENO MISIONAL -

En primer lugar conviene tener en cuenta que la doctrina que se enseña tiende a abrirse paso en un medio social. Por lo tanto, su actuación, su difusión y su desarrollo estarán siempre condicionados por ese medio.

De aquí el valor sociológico de la evangelización.

Quien trate, pues, de propagar el Evangelio, deberá roturar el ambiente social.

Aún cuando se limite a catequizar a un solo individuo, hallará en éste diversos modos de reacción, casi todos afincados en el grupo a que pertenece. Encontrará todos los compartimientos de su alma ocupados por formas sociales: ideas, sentimientos y modos de obrar prestados, o mejor, impuestos por la sociedad. Es cosa sabida que gran parte de lo que el individuo piensa, siente y obra suele ser hechura de la comunidad. Por eso, al dialogar con una persona, conversamos simultáneamente—muchas veces, exclusivamente—con su grupo social. Es, pues, la sociedad quien habla frecuentemente por conducto del individuo.

Y esto ocurre, sobre todo, en los pueblos de civilización inferior, es decir, en aquellos pueblos que propiamente no tienen historia, como son la inmensa mayoría de los que viven en el paganismo.

No hay allá individualidades destacadas: lo que hace uno, hacen todos; o mejor, lo que todos hacen, es norma de lo que hace cada uno. Por eso se ha dicho de estos pueblos que son pueblos naturales, porque, no habiendo apenas en ellos iniciativas particulares o actos provocados por la libertad individual, sólo las leyes naturales rígidas y necesarias son las que presiden su actuación y desenvolvimiento. No pertenece-

rían, pues, tales pueblos a la historia cultural, sino a la historia natural.

Ya veremos después cómo no es exacta esta apreciación. Pero es indudable la enorme fuerza del medio social en los pueblos de civilización inferior.

El misionero, pues, tropieza dondequiera con un medio social muy denso, y por lo mismo no podrá prescindir de él, puesto que el grupo ejerce, en todo momento, fuerte presión, influencia decisiva, sobre las conciencias de los individuos. Antes deberá trabajar por inocular las ideas cristianas en la vida colectiva, elaborando un sistema de relaciones sociales basado en el Evangelio. Sólo así conseguiremos dotar su obra de una eficiencia duradera.

Pero no sólo por las condiciones del medio en que se desarrolla, sino también atendiendo a su misma naturaleza, la obra misionera es eminentemente social.

No es que el Evangelio sea un producto social, ni mucho menos. Sino que el Evangelio, en primer lugar, se propaga por vías sociales mediante la predicación, es decir, por medio de la palabra (hablada o escrita), por el gesto y por el ejemplo. En segundo lugar, las enseñanzas del Evangelio, una vez generalizado su conocimiento en un grupo, se convierten en criterios colectivos, se socializan.

Desde aquel momento el Evangelio, que ya de por sí tiene poder de cautivar las inteligencias, posee

aquella fuerza de imposición propia de las formas sociales, y lo que originariamente era una idea, una doctrina, una forma singular, personal, llega a ser una fuerza social, es decir, una fuerza a la que se asocia un impulso social.

ASPECTO ETNOLÓGICO

Para comprender mejor el medio en que opera el misionero y la orientación que éste deberá dar a su obra, es preciso ahondar más en el estudio del ambiente social del mundo pagano y de los factores de la vida étnica.

Ha sido un gran triunfo de la escuela etnológica de Viena cuyo inspirador más destacado es el P. Guillermo Schmidt (S. V. D.), el presentar una visión objetiva del conjunto de los grupos étnicos de civilización inferior que pueblan el mundo.

Hasta ahora ninguno había podido elaborar una síntesis tan acabada, un cuadro tan realista de los pueblos y culturas del género humano.

La escuela de Viena, actuando en colaboración con multitud de misioneros esparcidos por el mundo, no sólo nos ofrece una visión geográfica de los grupos humanos, sino que nos describe los caracteres de las culturas de los mismos.

En el estudio del fenómeno misionero no se puede prescindir de esta visión etnológica del mundo, sobre todo del mundo infiel.

Ya he indicado antes que «visión etnológica del mundo» es lo mismo que una descripción de los

grupos étnicos, principalmente en el aspecto de su cultura tradicional. Lo etnológico se distingue de lo simplemente social en que las formas sociales pueden ser esporádicas y pasajeras, mientras que los elementos etnológicos o de cultura tradicional son formas, en cierto modo inmovilizadas, que se han perpetuado en los pueblos y son como arquetipos de ideas, sentimientos y modos de obrar colectivos. Son propiedades o caracteres permanentes que, por esto mismo, reflejan fielmente la naturaleza de los grupos donde han hecho su aparición.

El uso de una prenda de vestir, una moda, que hoy aparece y se generaliza, y mañana desaparece, es una forma social; pero no constituye un elemento de cultura tradicional, no es elemento etnológico.

Un estilo artístico, como el románico o el gótico, un tipo de religión como el mahometismo en el pueblo árabe, no son formas esporádicas y fugaces, sino elementos etnológicos de larga existencia, fuertemente engarzados en la totalidad de la cultura del pueblo donde se hallan.

El misionero deberá conocer tales elementos tradicionales, que son las *propiedades* de la masa que él ha de manipular. Ellos ofrecerán ciertamente mayor resistencia a su labor cuando son opuestos a las doctrinas evangélicas. Pero también pueden serle útiles, cuando no tienen este carácter, sirviendo de vehículo a las ideas cristianas, o de medio por el que éstas se

articulen con la cultura del pueblo, se arraiguen en su vida colectiva y se conviertan en elementos etnológicos, asegurando así su continuidad y su triunfo definitivo. Es, sobre todo, de la mayor importancia el conocimiento de las creencias y prácticas religiosas, por las afinidades u oposición que puedan tener con la nueva religión.

Tan necesario es un previo estudio etnológico de los pueblos antes de emprender su evangelización, que aun en Europa, en nuestro propio país, necesitamos este conocimiento de los diferentes matices étnicos y culturales de los grupos a quienes nos dirigimos, para conseguir que nuestras enseñanzas sean humanamente más asequibles y provechosas.

A un público compuesto de labriegos no se debe hablar en la misma forma que a los obreros de una ciudad. Son públicos que se mueven a impulsos de intereses muy diferentes. Lo que a unos conmueve a otros deja fríos. Por eso el predicador que de un medio se traslade a otro, necesita realizar una gimnasia psíquica, a veces harto violenta: debe acomodarse al nuevo ambiente, y para ejecutarlo, primero debe conocer el tal ambiente, es decir, debe realizar un previo estudio etnográfico.

Si es necesaria una tal acomodación cuando cambiamos de público en nuestra sociedad en que todos nos hallamos sometidos a las influencias de una cultura sustancialmente idéntica para todos,

¿cuánto más lo será cuando el campo a donde tratamos de llevar nuestra actuación es tan diferente del nuestro, como ocurre en general en el mundo pagano?

Para entenderse con los paganos, es preciso entenderlos. Si el misionero ha realizado estudios etnológicos acerca de ellos, lleva mucho camino andado para entenderlos y para introducirse en su alma y atraerlos. El que no proceda así, se condena a largos años de ensayos y experiencias dolorosas, a muchos sacrificios estériles y a grandes dispendios que pudieran evitarse de haber procedido con más preparación.

Esta necesidad la han sentido más que ninguno los mismos misioneros.

Así, Monseñor Le Roy, que estuvo misionando los pueblos del África central durante veinte años, dice a sus hermanos misioneros, ponderando estos estudios: «se os quiere ofrecer un medio fácil de ser más sabios, a fin de que seáis más misioneros».

El Prof. Schmidlin dice que «es absolutamente indispensable para el ministerio y enseñanza del misionero la ciencia etnológica».

El P. W. Koppers señala la utilidad de esta ciencia, asegurando que «tanto más deseable, por no decir necesaria, es al misionero una fundamental instrucción etnológica previamente adquirida, cuanto más rápidamente se quieran evitar lamentables equivocaciones y desvíos del recto camino».

Y el eminente etnólogo P. G.

Schmidt afirma que «la colaboración de la etnología con las misiones es uno de los medios más eficaces del cual se sirve la Providencia Divina, y no se puede negar que este medio sea verdaderamente adaptado al fin».

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que el Cardenal Lavigerie declarara que las investigaciones etnológicas «corresponden a las necesidades de la vocación religiosa» y diese él mismo pruebas al recomendar a sus colaboradores, los PP. Blancos, la compenetración íntima en las costumbres, trajes y prácticas con las razas indígenas entre las cuales se encontraren.

El actual Romano Pontífice, con ocasión de inaugurarse la célebre Exposición Misional del Vaticano, decía: «Nuestro deseo fué que la parte científica, geográfica, etnográfica, médica y literaria tuviesen un puesto importantísimo, porque es siempre de la región de las ideas de donde descienden las normas directivas de la acción, porque vivimos en tales tiempos en los que como nunca se rinde culto a las ciencias hasta tal punto, que no son bastantes todos los heroísmos y todos los sacrificios que son patrimonio de la labor misionera, si están solamente fundados en el empirismo». Y concretamente quiso el Papa hacer resaltar este aspecto etnológico misional, al establecer, con carácter definitivo, el Museo Lateranense de Misiones, pues todo él está organizado conforme a las normas de la ciencia etnológica y encomendado a la dirección del más

eminente de los etnólogos modernos, el ya citado P. Guillermo Schmidt.

CARACTERES ÉTNICOS

No es posible detallar, en un trabajo como el presente, el cuadro etnológico del mundo infiel.

Tan sólo nos fijaremos en algunos rasgos fundamentales.

Para ello conviene señalar:

1.º Que todos los pueblos poseen su cultura, y que, por lo tanto, son grupos culturales y no naturales.

2.º Que esta cultura, en la mayor parte de los casos, es de carácter primitivo.

3.º Que los pueblos primitivos no forman una masa homogénea, sino un conjunto abigarrado y heterogéneo.

Ha habido etnólogos que han sostenido que los pueblos de civilización inferior son naturales, queriendo dar a entender con esto que, no habiendo en tales grupos humanos iniciativas particulares o actos que revelen haber sido originados en un estado de libertad individual, sólo las leyes naturales, rígidas y necesarias, son las que presiden su desenvolvimiento.

En efecto, un individuo perteneciente a uno cualquiera de esos pueblos, se comporta, al parecer, como si recibiese exclusivamente del medio en que vive todas las ideas, es decir, los materiales con los que ha de elaborar sus juicios y sus raciocinios y que forman, por lo

mismo, la base de su vida mental. Lo mismo cabe decir de los sentimientos y hábitos de su vida cotidiana.

Diríase, pues, que toda su cultura, aun en sus detalles más nimios, la ha recibido del ambiente, o sea, del grupo humano en cuyo seno ha vivido y se ha educado.

El mismo fenómeno podemos observar también en nosotros. Si pasamos revista a nuestros conocimientos y hábitos, apenas encontraremos algo que sea de nuestra invención. Parece que todo lo tenemos prestado por la sociedad y que no hay en nuestro haber mental cosa que no lleve resabios colectivos.

Y lo que ocurre en nuestros pueblos civilizados no es extraño que también ocurra—y con más razón—en los pueblos de civilización inferior. Allí todo parece ajustarse al patrón colectivo, como ya lo hemos indicado arriba.

Según esto, nada procedería de la libre iniciativa individual en tales sociedades, todo vendría del grupo. Pero el grupo, como es sabido, no tiene libertad y actúa según leyes naturales, inflexibles y necesarias. Por lo tanto, las adquisiciones culturales, como formas sociales que son, tienen su origen en el grupo, y son productos necesarios al igual que un fenómeno cualquiera del mundo físico.

En los pueblos primitivos o de civilización inferior el pensamiento religioso penetra todos los matices de la vida social. La religión revisita carácter colectivo, según parece demostrarse en particular a la luz

de los estudios sobre los pueblos totemistas. De donde se deduce que no es un fenómeno racional sino prerracional o prelógico, como producto que es de la sociedad, no de la razón.

Según esto, el hombre primitivo no sería cultural, sino simplemente natural. No pertenecería a la *Historia*, sino, en todo caso, a la *Historia Natural*. Sus acontecimientos no ocurrirían propiamente en un ambiente humano en el sentido que damos hoy a esta expresión, sino en escenarios geológicos. Sería, pues, inútil que el misionero tratara de llamar allí a las puertas de la razón. Porque, en el hombre primitivo, la razón no ha brotado aún o está en una fatal cesantía, y no podrá prestar a la fe ningún obsequio racional.

Tales son las ideas fundamentales que predominan en algunos sectores etnológicos del día, singularmente en la escuela sociológica de Durkheim.

Frente a la posición sociologista se halla la escuela histórica, según la cual no hay pueblos naturales sino que todos son culturales.

Lo *cultural* se toma en contraposición a lo *natural*, y significa algo que el hombre, mediante la actuación de sus facultades específicas (inteligencia y voluntad), añade a la naturaleza.

La naturaleza produce piedras y leña; el hombre las labra y las convierte en instrumentos. La naturaleza elabora yerbas y árboles;

el hombre los cultiva, los transforma y los aprovecha para su servicio. La naturaleza cría animales; el hombre los domestica y los hace útiles para sus fines. La naturaleza (las fuerzas naturales) realiza innumerables fenómenos físicos, químicos, etc.; el hombre los interpreta, los explica y aun llega a provocarlos a discreción, desarrollando de este modo la ciencia y la técnica. La naturaleza ofrece multitud de elementos que el hombre retoca y combina, dándoles formas agradables y bellas, y creando así las artes. La naturaleza dotó al ser humano de diversas fuerzas y tendencias (pasiones); el hombre las educa, las somete y las pone al servicio de la razón, labrando de esta suerte su «carácter», su personalidad. O también las coordina con las de otros hombres, formando grupos sociales y centuplicando los productos de su actividad. La naturaleza ofrece un panorama grandioso, un plan matemáticamente trazado, un complejo mecánico en que todas las piezas—el hombre es una de ellas—están trabadas y eslabonadas unas con otras mediante relaciones causales; el hombre lo contempla, adquiere del Universo una visión de conjunto, comprende que, entre tantas causas, existe una primordial sin la cual las demás no tendrían razón de ser, un primer eslabón de quien penden los demás, y con esto aprende a situarse a sí mismo en

el punto que le corresponde en la escala de los seres, forma idea más precisa y estable de su dignidad, descubre en las cosas orientación y polaridad, y así consigue dar un sentido racional—religioso—a la totalidad de su vida.

Según esto, la cultura constituye un resultado obtenido por el hombre al cultivar sus facultades bajo el control de la inteligencia; es la suma de las soluciones que ha dado el hombre como respuesta a las necesidades más fundamentales de la vida, soluciones que pueden resumirse en los siguientes capítulos: sistema económico, industria, instituciones sociales, arte, ciencia y religión (1).

No hay pueblo cuya vida no comprenda estos capítulos. Todos los pueblos han elaborado sus soluciones frente a los problemas fundamentales de la vida. Todos se han cultivado.

Pero el desarrollo de la cultura, un avance, una innovación en la conducta es inexplicable sin la iniciativa, sin la intervención decisiva de un particular.

Puede ser poco destacado el papel de un individuo en un grupo social, y ciertamente lo es en los pueblos de civilización inferior; mas no por eso queda anulado.

No puede, pues, establecerse legítimamente la división en pueblos naturales y pueblos culturales.

Esta cuestión quedó zanjada, al parecer definitivamente, después

del trabajo *Die moderne Ethnologie* publicado en ANTHROPOS por el P. W. Schmidt en el año 1906. Una monografía muy interesante a este respecto es la del Dr Walter Beck intitulada *Das Individuum bei den Australiern* (Leipzig, 1924).

Los pueblos de civilización inferior hoy día existentes en el mundo representan, en su mayoría, estadios primitivos del desenvolvimiento espiritual y material del género humano.

Llámanse primitivos aquellos pueblos que, en su desarrollo, no se han elevado hasta la invención o utilización de la escritura y que, por lo tanto, no han consignado en documentos escritos los azares de su vida.

Por otra parte no pocos de estos pueblos son comparables a las tribus prehistóricas, se hallan en el mismo nivel cultural que éstas.

Casi todos los elementos y formas industriales, artísticos y aun de la vida espiritual que conocemos de los pueblos más antiguos de Europa, empezando desde el Paleolítico inferior, subsisten todavía en nuestros días en las culturas de muchas tribus salvajes. Con razón se dice, pues, que tales tribus continúan en estado prehistórico. Son, salvo raras excepciones, pueblos rezagados que se hallan estancados en civilización antiquísimas.

Los pueblos históricos más antiguos, cuya historia puede precisarse con una cronología cierta y absoluta, aparecen en los valles

del Eufrates y del Nilo, hacia el cuarto milenio antes de Jesucristo. Y en aquellas mismas regiones, debajo de los restos de civilizaciones históricas tan remotas, han sido descubiertas series de estratos que contienen material prehistórico semejante al de los actuales salvajes. Se puede, pues, afirmar que éstos se hallan hoy en las mismas o análogas fases de civilización por las que en otro tiempo pasaron los pueblos civilizados. Les cuadra bien, por lo tanto, el nombre de *primitivos*.

Esta equivalencia entre los pueblos primitivos de nuestros días y los de los tiempos prehistóricos ha sido patentizada tanto en manifestaciones aisladas de la vida popular como en las culturas de ambos grupos tomadas en bloque.

Así, las diversas etapas de la edad de la piedra tallada están representadas actualmente por la cultura austral o de los tasmanios; por la ártica o de los esquimales cazadores del reno, de los samoyedos, de los ainos y de los koriaikos; por la de *bumerang* o de los australianos del Sur; por la patriarcal totemista muy extendida por el mundo, sobre todo en Oceanía, Africa, y América, y en parte por el ciclo matriarcal. Los pastores nómadas (los tungusos, los kalmukos, los buriatos, los yakutos, los kirgisos, los ostiakos, los vogules, etc.) poseen cultura epipaleolítica.

Los pueblos primitivos no for-

(1) JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN: *Breve historia del hombre primitivo*, págs. 102-103. Vitoria, 1933.

man un conjunto homogéneo, no se hallan todos en el mismo nivel de cultura; unos son pueblos consumidores o recolectores, otros productores; unos tienen instituciones patriarcales, otros matriarcales: unos son monoteístas, otros totemistas y politeístas; en unos predomina el animismo, en otros la magia, etc.

Ha sido un señalado acierto de la escuela de Viena el haber descrito estas civilizaciones o ciclos culturales tan dispares y haberlos ordenado en series cronológicas (2).

En medio de esta diversidad de pueblos pueden, sin embargo, apreciarse ciertos rasgos comunes, tanto en su aspecto etnográfico como en el lingüístico. No siendo tales rasgos productos espontáneos de la naturaleza humana, su repetición en diferentes pueblos primitivos sólo es explicable suponiendo que esta rica floración de culturas se ha desarrollado en el mundo a partir de un foco único y que los hombres de todas las latitudes proceden de un tronco común y forman una sola familia. Conclusión importante que por sí sola hace inverosímil la posición, de quienes opinan que el linaje humano brotó evolutivamente de una especie inferior ya antes difundida por la Tierra.

ADAPTACIÓN

Es indudable que el misionero deberá tener presentes los hechos

que hemos apuntado, principalmente el que se refiere a la pluralidad y heterogeneidad de los grupos étnicos y la inmensa variedad de sus características.

Por otra parte tampoco hay que perder de vista que los modos de vida de un pueblo forman un conjunto orgánico, de suerte que sus diversos elementos (economía, instituciones sociales, técnicas e industrias, artes, religión, etc.) se hallan fuertemente aglutinados y en dependencia mutua. Toda alteración de alguna importancia en uno cualquiera de estos elementos, repercute en los demás. Por eso muchas veces—las más de las veces—una innovación religiosa constituye una verdadera revolución, una especie de perturbación cuyos ecos llegan a todos los ámbitos de la vida colectiva.

El cambio de religión lleva consigo, además, la implantación de un nuevo ideal. E impone, por lo tanto, un sentido nuevo a la vida humana en todos sus aspectos.

Con lo dicho comprenderemos mejor lo que para un pueblo significa la aceptación del Evangelio, y sabremos apreciar las repercusiones étnicas de la evangelización así como la índole de las reacciones que puede provocar. Y el misionero no podrá prescindir de todo esto, si quiere encauzar su actuación por el camino del éxito.

Todo esto demuestra que en la preparación del misionero entra

como parte importante el estudio de las tendencias generales humanas y de las diferenciales del pueblo donde va a trabajar.

Los pueblos pastores no se mueven a impulsos de iguales intereses que los agricultores.

En un pueblo cazador la superioridad de las armas del europeo proporcionan a éste un ascendiente tal que le permitirá introducirse más fácilmente en el alma del indígena.

El ascendiente de una cultura material más elevada suele ser muchas veces un gran estímulo que despierta en el pueblo interés por la doctrina de quienes la poseen.

A este propósito dicen Burckhardt y Grundemann (*Las Misiones evangélicas*, tom. *Océanie* p. 488): «Cuando en 1792 y 1794 Vancouver visitó las islas Hawai, Kamehameha I le encargó le proporcionase maestros cristianos. Desde hacía tiempo se hallaba impresionado por la aparición de los blancos; y el fin de sus esfuerzos era aumentar su poder, aprovechando los recursos de la industria de aquéllos» (3).

Jorge Cousins, en su obra *The Story of the South-Seas*, p. 80-89, refiere que en Rarotonga (islas Hervey) los misioneros fueron invitados a consecuencia de unas noticias comunicadas por una mujer que había estado en Tahiti. Decía

ella que unos hombres blancos, adoradores de Jehovah y de Jesucristo, habían desembarcado y habían importado muchas cosas nuevas; que las hachas de piedra, que hasta entonces se usaban en Tahiti, habían sido reemplazadas por instrumentos duros que cortaban la madera con la mayor facilidad; que ya no se usaban utensilios hechos de huesos humanos en la fabricación de canoas o en la construcción de casas; que los niños no lloraban cuando se les cortaba el pelo como lo hacían antes, cuando esta operación se ejecutaba con dientes de tiburón; que los blancos tenían instrumentos brillantes y acerados que cortaban los cabellos sin hacer daño; que los tahitianos ya no tenían necesidad de ir a sitios donde hubiese agua para ver su figura, porque los maravillosos visitantes les habían dado unos objetos brillantes que cada uno puede llevar donde quiera y en los cuales puede verse a sí mismo. En Rarotonga hicieron tal impresión estas noticias que el rey Makea puso por nombre a uno de sus hijos *Tehovah* (Jehovah) y a otro *Jetu-Terai* (Jesucristo), y manifestó un entusiasmo extraordinario cuando llegaron los misioneros blancos, si bien lo que él esperaba de los operarios evangélicos no era precisamente lo que éstos con más interés le querían proporcionar (4).

(3) RAUL ALLIER: *La Psychologie de la conversion chez les peuples non-civilisés*, I, p. 38. París, 1925.

(4) RAUL ALLIER: *Op. cit.* p. 39.

Estos motivos de orden material que pueden establecer contactos entre el enviado de Dios y los infieles no significan ciertamente adhesión de éstos a las doctrinas de aquél ;pero contribuyen poderosamente a que la persona del misionero sea respetada y sus palabras escuchadas.

Es, por lo tanto, de la mayor importancia que el misionero co-

nozca las tendencias diferenciales del pueblo donde trabaja, y que las satisfaga, en cuanto se pueda, adaptándose a ellas. Así conseguirá que los diversos modos de vida propios del grupo cuya evangelización procura, lejos de convertirse en instrumentos hostiles a su obra, sirvan de vehículos y cauces naturales por donde vaya penetrando el Evangelio.